

VII.

MUERTE DE MARIA.

Era la noche:—en una vasta pieza
De la augusta mansion que viera un dia
Raudo bajar desde la suma alteza
El fuego de inmortal sabiduría:
Esplendente de luz y de belleza
Como en su verde edad, se ve á MARIA,
La escelsa Esposa del Señor amada,
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
En grande multitud, de la divina
Ley, los mantenedores valerosos
Que ora el dolor mas improbo domina:
Allí oscuros aún los que animosos,
Su sangre verterán por la doctrina
Del Cristo, aguardan el fatal momento
En que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el *justo*, su quebranto
Entre calladas lágrimas devora;
Da Pedro suelta rienda al crudo llanto
Que su dolor emperó no aminora;
Mientras en los pliegues de su griego manto
Oculto Juan, inconsolable llora,
Y su dolor exhala en reprimidos
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbre, vacilante,
Que en rojizos manojos despedían
Lámparas que del techo culminante
Cadenillas de bronce suspendían,
Y que como en la péndula oscilante
Á compas en lo oscuro se mecían;
Mas vasta parecia aquella escena,
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
 Que interrumpiera solo algun gemido,
 Rompió un acento vago, melodioso,
 No semejante á terrenal sonido:
 A aquel acento dulce, afectuoso,
 Como del seno del Señor nacido,
 Del cisne celestial postrero canto,
 Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
 Bajo el ramage de la selva umbría,
 Ni el ruiseñor que canta en la espesura
 Al espirar del moribundo dia;
 Ni el céfiro suave en la verdura,
 Del prado, ni la múltiple armonía
 Que en mañana feliz de primavera
 Alza á su rey la creacion entera:

Ni el vago son de los tranquilos mares
 Cuando las playas besan adormidos;
 Ni el rumor de domésticos hogares,
 Bienes del corazon los mas queridos,
 Que en fatigas y túrbidos azares
 Para siempre juzgábamos perdidos,
 Y en velada aromosa de verano
 Percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que el anhelante
 Pecho, asegura la feliz victoria;
 Ni el clarín de la fama resonante
 Que canta al universo nuestra gloria;
 Ni en medio del desierto al caminante
 Que juzga el fin llegado de su historia,
 El creciente rumor, ya de él cercana
 Que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altura
 Celestial, la suprema gerarquía
 Entona al Creador; puede en dulzura,
 Ni en amor, ni en suave melodía
 Competir, ni en blandísima ternura,
 Con las postreras voces de MARIA;
 Ni voz alguna en tierra ó mar ó cielo
 Jamas á tal dolor dió tal consuelo.

Hablales de su amor, divina fuente
 Que ha de correr perenne, inagotable,
 Sabroso amparo de la humana gente
 En la vida del cuerpo deleznable;
 Luego de la bondad omnipotente,
 De la futura vida perdurable,
 Dó cabe á Jehovah, los escogidos
 Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
 Mas vivos y fulgentes resplandores
 Al extinguirse en derredor derrama;
 Así la emperatriz de los amores
 Al espirar parece que se inflama
 Aun mas en los espléndidos fulgores
 De aquella eterna, engendradora lumbre
 Que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones
 Del porvenir remoto los arcanos:
 Caerán aquellas inclitas legiones
 En que su orgullo fundan los romanos;
 Y á pesar de verdugos y leones,
 Alzarán vencedores los cristianos,
 Signo de redencion al orbe entero,
 De Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades
 Y encarnizadas y sangrientas lides,
 Triunfarán en desiertos y ciudades
 Los del Señor preclaros adalides:
 Azotes del error y las maldades,
 De la santa verdad nuevos Alcides,
 Opondrán el amor y mansedumbre
 Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos la semilla
 De los soldados del Señor plantada,
 Tal como el sol sobre los astros brilla,
 Lucirá al universo tremolada:
 Y la palabra de verdad, sencilla,
 Cual ley universal será acatada
 Y en uno refundidos tantos nombres,
 Á un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó.—Los dulces ojos
 Fijó Miriam en la sublime esfera
 Sonriendo al dejar tantos enojos
 Que cercan esta vida pasagera:
 Y á medio abrir los bellos labios, rojos;
 Cual si en el seno del amor durmiera,
 Sin fuerza ni dolor voló su alma
 Á las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos
 De aquel salon los ámbitos poblaron,
 Y de fúnebre canto los sonidos
 Trémulos en los aires se elevaron:
 Los ecos de Sion adormecidos
 Al rumor plañidero despertaron,
 Y sus cándidas alas desparciendo
 Fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el prócsimo sol brilló en el cielo,
 En grande profusion preciadas gomas,
 Los fieles compitiendo en santo celo
 Llevaron y riquísimos aromas.
 Y cubierto el cadáver con un velo
 De finísimo lino, por las lomas
 Que de *Getsemani* cercan el llano
 Lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar dó abierta estaba
 La mas afortunada sepultura,
 El lecho depusieron que encerraba
 Aquella flor de mística hermosura:
 El astro vespertino iluminaba
 Con trémulo fulgor desde la altura
 La triste escena de dolor y luto,
 Del mas piadoso amor, postrer tributo.

Y durante los tres primeros dias
 Velaron los Apóstoles constantes
 Del sepulcro en las márgenes sombrías,
 Con otros fieles de Jesus amantes:
 Y de noche las blandas armonías
 Repetian los ecos circunstantes,
 Que acompañado de sus sistros de oro
 Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el dia cuarto, un elegido
 Que de un pais tornaba muy lejano,
 Y era aquel que tocar osó atrevido
 De Jesus las heridas con su mano,
 Y por ver á Miriam era venido;
 Obedeciendo á impulso sobrehumano
 Rogó á los otros que la loza alzaran
 Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron
 La losa, y con asombro descubrieron
 Que no estaba Miriam dó la dejaron,
 Y el sudario vacío solo vieron:
 Entonces en el polvo se postraron,
 Y las glorias de Dios enaltecieron,
 Que quiso sublimar á tanta altura
 Una mortal, terrestre criatura.



LA ASUNCION.

VIII.

Es una noche plácida
Del abrasado estío; (8)
El viento calla indómito,
Se aduerme el mar bravío,
Y espira el blando céfiro
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
De estrellas mil cercada,
Su faz ostenta nítida
La luna nacarada,
El llanto y la alta cúspide
Bañando en su fulgor.

Mas del Emptreo súbitos
Raudales se desprenden
De viva luz: mil ráfagas
De fuego el aire hienden,
Y alto cantar de júbilo
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas
Alas de nieve y oro,
Cruza veloz la atmósfera
Entero el sumo coro,
Hacia el estrecho límite
Del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea
Losa que tanto encierra
Alzan, los rostros fúlgidos
Humillan á la tierra,
Ciegos al astro vivido
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
Que la falange impera
Y que á la diestra ciérnese
De Dios en la alta esfera,
Bajo el mirar fulmíneo
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
Y fajas purpurinas,
Tras la borrasca lóbrega
Y en tierras ya vecinas,
Surge al cansado náufrago
Del sol la rubia faz:

Así entre lienzos cándidos
Y delicadas flores,
Bañado el rostro límpido
De espléndidos fulgores
La reina de las vírgenes
Yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,
Espíritus guerreros,
Que cabe al trono altísimo
De Dios, son los primeros;
Y en cien batallas hórridas
Vencieron á Luzbel,

Sobre sus alas rápidas
Pusieron á MARIA,
Y con cantar melódico
Por la region vacía
Mas breves que el relámpago
Vuelan á dó está EL.

XI.

El hijo de su amor, el cariñoso
Amigo, el padre y el amante fiel:
El que lloró perdido, tierno esposo,
Á cuya planta el sol es escabel!

Á cuya voluntad generadora
Del caos tenebroso y á la par,
Lució en el cielo la primer aurora
Y la tierra surgió del ancho mar!

Á cuya voz las roncadas tempestades
Conturban los dormidos elementos;
Y se abisman los montes y ciudades,
Convertidos en polvo sus cimientos!

Ante cuyo saber la ciencia humana
Es miseria y vacía oscuridad,
Y á cuya omnipotencia soberana
Solo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio á la cohorte
De espíritus de luz innumerables,
En medio de los grandes de su corte
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
Estará del Supremo imperador;
Respirará el aliento de su aliento
Y anegarse en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío
Por la misericordia y la piedad,
Astro Miriam de amor, sereno y pio,
Lucirá en la infinita eternidad.

FIN DEL POEMA.

CORONA POÉTICA DE MARÍA.